

Esta es una pequeña muestra
del libro *La Biblia y su familia*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

La
Biblia
y su
familia:



Augustus Nicodemus Lopes
& Minka Schalkwijk Lopes



LIBROS DESAFÍO™

La
Biblia
y su
familia:

Copyright © 2011 por Libros Desafío

La Biblia y su familia:

Exposiciones bíblicas sobre el matrimonio, la familia y los hijos

Autores: Augustus Nicodemus Lopes y Minka Schalkwijk Lopes

Diseño de cubierta: Designs To Go!!

Editor: Alejandro Pimentel

Maquetación: Libros Desafío

Esta traducción del portugués al español fue realizada por la Iglesia Presbiteriana de Chile, Sexta iglesia de Santiago, *Cristo mi Pastor*.
Agradecemos su loable labor y su valiosa contribución al ministerio cristiano de la familia.

Las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960™ © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.
Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas.
Utilizado con permiso.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Publicado por

LIBROS DESAFÍO
2850 Kalamazoo Ave SE
Grand Rapids, Michigan 49560
Estados Unidos de América
info@librosdesafio.org
www.librosdesafio.org

ISBN 978-1-55883-004-2

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

CONTENIDO

Prefacio.....	7
Introducción.....	9
El propósito de Hechos.....	15
1. Plenitud del Espíritu y vida familiar	13
2. Efesios 5:21-24 La sumisión de la esposa.....	27
3. Efesios 5:21-24 La sumisión de la esposa (2ª parte)	45
4. 1ª Pedro 3:1-6 Esposas en angustia	61
5. Efesios 5:25-33 El amor del marido	77
6. Efesios 5:25-33 El amor del marido (2ª parte).....	89
7. 1ª Pedro 3:7 Maridos, vivan con su mujer	107
8. Efesios 6:1-4 Hijos, obedeced a vuestros padres.....	119
9. Efesios 6:1-4 La responsabilidad de los padres	135
10. 1ª Corintios 7:1-9 El lugar del sexo en el matrimonio.....	151
11. 1ª Corintios 7:10-16 Divorcio y nuevo matrimonio.....	167
Conclusión.....	183

PREFACIO

La familia, como institución divina, fue, es, y siempre será el grupo más importante de la Iglesia, de la sociedad, y de la nación (vea cuántas referencias a la familia se encuentran en las Sagradas Escrituras, por ejemplo). Innumerables tratados han sido escritos sobre el asunto. Yo mismo he leído muchos libros y artículos sobre la familia y la Biblia o la familia a la luz de la Biblia, y así en adelante. Mientras tanto, una de las limitaciones que he encontrado en casi todos los libros y artículos que he leído es la falta de una sumisión teológica y exegética a las Escrituras.

Augustus y Minka fueron muy acertados, no sólo al titular el libro *La Biblia y su familia*, sino sobretudo al abordar el asunto de la familia a la luz de la exposición bíblica. Recomendando la lectura, el estudio y la discusión de este libro con mucho entusiasmo. Creo que este libro debería ser leído, estudiado y discutido por solteros, casados, y familias, tanto en carácter personal como también en clases de Escuela Dominical y en grupos de estudios bíblicos.

Los autores demuestran un cuidado y una seriedad muy especial al lidiar con el texto sagrado, en la explicación de éste, y en la aplicación de las Escrituras al contexto de la familia (*La Biblia y su familia*). Augustus y Minka traen consigo, también, la experiencia de casados, padres, tíos, yerno y nuera, pero, lo más importante, es que ellos no extrajeron de su experiencia personal, ni de la babel de la psicología moderna los principios para una vida en familia, sino, por el contrario, se sometieron a los principios infalibles descritos y prescritos en la Palabra inerrante, infalible y suficiente de Dios.

Dado que el libro lidia con principios (doctrinas) y éstos comentados y extraídos del «manual» divino, las Escrituras, su relevancia no se limita sólo al contexto brasileño. Los principios bíblicos son transculturales, en el sentido de que trascienden, confrontan y transforman culturas. Por lo tanto, este libro debería ser leído y estudiado no solamente por brasileños, sino por otros grupos étnicos residentes en nuestro país. Esta dimensión debe ser también considerada con seriedad por los lectores. Este no es un libro de brasileños para bra-

sileños, sino de siervos del Señor para siervos del Señor, sean latinos, europeos, americanos, asiáticos, australianos, o africanos.

Esta es otra dimensión del libro *La Biblia y su familia*. Augustus y Minka no intentan, como es costumbre de muchos otros, acomodar las Escrituras a la cultura o las tendencias vigentes de las ciencias sociales en Brasil, sino en confrontar con la enseñanza bíblica los pensamientos, las ideas, las tendencias, las presuposiciones, las creencias y las teorías hodiernas que se levantan contra el Señor y contra la familia. Los autores, actuando de esa forma, están siendo consistentes con lo que el apóstol Pablo enseñó: «Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2ª Corintios 10:3-5).

Esto no quiere decir que el libro no sea relevante dentro del contexto de la familia brasileña creyente. Muy por el contrario, la mejor manera de que las familias creyentes se vuelvan instrumentos de Dios a través de los cuales otras familias puedan venir a conocer el plan de Dios para la familia será por medio de la sumisión de las familias creyentes al Señor y a los principios eternos y transculturales que Él reveló en las Sagradas Escrituras. Augustus y Minka, por lo tanto, consideran cuidadosamente el contexto en el cual viven, sin asumir una posición que comprometa la Palabra de Dios y al mismo tiempo desafía a las familias creyentes a obedecer el principio bíblico expuesto por el apóstol Pablo en Romanos 12:1-2: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. **No os conforméis a este siglo**, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta».

Que el Señor se digne a bendecir esta producción bíblico-literaria para que, como familias creyentes, aprendamos lo que significa no conformarnos a este siglo, sino transformarnos por la renovación de nuestra mente.

Soli Deo Gloria

Dr. Elias dos Santos Medeiros

INTRODUCCIÓN

El matrimonio siempre tuvo sus enemigos declarados. Entre ellos hay racionalistas, feministas, ateos y agnósticos. Muchos de ellos pasaron a tener actitud antagónica después de haber fracasado en sus propios matrimonios. He aquí algunos ejemplos de lo que personas famosas han dicho sobre el matrimonio y el divorcio:

«El divorcio es probablemente tan antiguo como el matrimonio. Yo creo, mientras tanto, que el matrimonio es sólo unas pocas semanas más antiguo» — Voltaire, filósofo y escritor francés.

«La única paz sólida y duradera entre un hombre y su esposa es, sin duda, la separación» — Lord Chesterfield, renombrado político de Inglaterra.

«La posibilidad del divorcio hace que ambos cónyuges cumplan sus deberes mutuos de forma más aplicada y cuidadosa. El divorcio ayuda a mejorar la moral y a aumentar la población» — Denis Diderot, filósofo francés.

«Cuando dos personas resuelven divorciarse, no es una señal de que «se están desentendiendo», sino de que están comenzando, finalmente, a comprenderse el uno al otro» — Helen Rowland, periodista americana y feminista radical.

«Usted no puede continuar casado si toda la noche tiene miedo de dormirse y que su esposa le corte la garganta» — Mike Tyson.

«El matrimonio no es un placer; sino un acto solemne y generalmente triste. Yo considero que las personas se casan demasiado temprano; el matrimonio es una lotería, a fin de cuentas, y para una mujer, una felicidad muy dudosa» — la Reina Victoria, en una carta a su hija.

«El matrimonio es el modo más común de vida para las mujeres; la cantidad de sexo no deseado que las mujeres soportan es mayor en el matrimonio que en la prostitución» — Bertrand Russell, filósofo y matemático inglés.

«Los hombres se casan porque están cansados; las mujeres, porque son curiosas; ambos acaban decepcionados» — Oscar Wilde, autor anglo-irlandés.

«El horror del matrimonio es ser el más entristecedor y enojador de todos los lazos que la humanidad jamás inventó para su propio desaliento y degradación» — el Marqués de Sade, autor francés.

«No creo que una prostituta sea más virtuosa que una esposa, pero están haciendo la misma cosa» — el Príncipe Felipe, duque de Edimburgo.

«Al hacerse un seguro, se paga por él en dólares y centavos, siempre con el derecho a discontinuar el contrato, cuando se desee; pero, si el premio de la mujer es un marido, ella paga por esto con su nombre, su privacidad, su auto-respeto, su vida, hasta que la muerte los separe» — Emma Goldmann, anarquista y feminista americana.

«El infierno son las otras personas» — Jean Paul Sartre, autor y filósofo francés.

La amargura de esas personas para con el matrimonio tiene su explicación individual. Algunas pasaron por matrimonios infelices, otras tenían religiones anti-cristianas, incluso otras eran polígamas incurables. Por otro lado, muchos que, como Minka y yo, han tenido el privilegio de ser casados y felices, miran al matrimonio de una forma diferente.

Entretanto, queremos abordar el matrimonio no solamente desde el punto de vista de nuestra experiencia, sino —y principalmente— por los principios contenidos en la Biblia. Es nuestra firme convicción que los matrimonios y familias fundamentadas en las Sagradas Escrituras serán duraderos, estables y felices. Es claro que tendrán crisis, problemas —en ningún momento queremos negar eso— pero estarán preparados para enfrentarlos de mejor forma.

Existen hoy, incluso entre los evangélicos, muchos mitos sobre el matrimonio que pueden causar falsas expectativas y perjudicar

las relaciones. En un artículo publicado en *Today's Christian Woman* (mujer cristiana de hoy), la escritora Barbara Chesser alineó algunos de ellos:

1. *La felicidad en el matrimonio depende de acertar en la elección del cónyuge* — Creer en esto coloca la responsabilidad de su felicidad en otra persona y el resultado inevitable es la desilusión. La felicidad en el matrimonio dependerá principalmente de que obedezcamos los papeles atribuidos por Dios al marido y la mujer, a los padres y a los hijos.
2. *La compatibilidad de genios es esencial, y un matrimonio tiene eso o simplemente no* — En vez de pensar así, marido y mujer deberían constantemente adaptarse al otro y ceder con la meta de hacer funcionar correctamente la relación. Bíblicamente hablando, incompatibilidad de genios no es base para un divorcio y nuevo casamiento.
3. *Una buena relación sexual es la base de un matrimonio feliz* — En verdad, sería más exacto decir que un buen matrimonio es la base de una relación sexual feliz, considerando que el sexo va más allá de la relación física en sí.
4. *Si el matrimonio va mal, aparecerán algunas señales de aviso* — Uno de los mayores peligros que la pareja enfrenta es la separación gradual y sutil entre sí, en la medida en que no dan tiempo para desarrollar su relación, comunicarse y hacer cosas juntos. En muchos casos de separación, el divorcio cae como una bomba sorpresa en el regazo de uno de los cónyuges.
5. *Más comunicación vuelve mejor el matrimonio* — Algunas veces las parejas que consiguen comunicarse de forma muy abierta terminan en el divorcio. Lo que vuelve mejor el matrimonio es calidad —y no necesariamente cantidad— en la comunicación.

Estos son algunos engaños comunes entre los evangélicos sobre el matrimonio. Existen muchos otros. Nuestra meta con este libro es contribuir para una comprensión más adecuada del matrimonio y de la familia. Este libro tiene un abordaje un poco diferente, lo cual tal vez justifique su publicación en medio de tantos otros libros sobre el tema. Es una colección de estudios expositivos en los pasajes del Nuevo Testamento que tratan del matrimonio, papeles del hombre y de la mujer, divorcio, el lugar del sexo en el matrimonio, crianza y disciplina de hijos. Como una regla, los libros sobre familia tienen un abor-

daje por temas. Este libro es expositivo. Analiza los textos bíblicos relacionados con el tema propuesto, procura entenderlos y relacionar su sentido a las cuestiones prácticas envueltas en la relación marido y mujer, padres e hijos. Esto no quiere decir que queremos hacer un comentario crítico de estos pasajes, pero sí que intentamos destacar de manera fácil y natural el sentido de ellas y sus implicaciones.

El material original para este libro vino de una serie de mensajes que prediqué en la Primera Iglesia Presbiteriana de Recife, cuando era su pastor. Para éstos, mucho me valí de sermones de David Martin Lloyd-Jones sobre Efesios 5 y 6. Los lectores verán reflejos de ellos aquí. El Presbítero Josimar Henrique hizo transcribir al papel el contenido de las cintas, por lo que mucho le agradezco. Minka leyó y corrigió el material y agregó más cosas aún. Buena parte de estos capítulos sirvió de texto base para nuestros estudios con matrimonios en la Iglesia Evangélica Suiza de São Paulo. Los participantes dieron muchas y valiosas sugerencias. Dedicamos este libro a nuestros hijos Hendrika, Samuel, David y Anna, con quienes aprendimos mucho de lo que ofrecemos aquí a nuestros lectores.

São Paulo, agosto de 2001

Augustus Nicodemus Lopes
Minka Schalkwijk Lopes

1

PLENITUD DEL ESPÍRITU Y VIDA FAMILIAR

«No os embraguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios».

— Efesios 5:18-6:4

No hay probablemente un área tan importante en nuestra vida y en la vida de la Iglesia cristiana como la familia. Creemos que no hay mucha duda respecto a esta afirmación. Todos nosotros concordamos en que las familias saludables y equilibradas forman un ángulo de iglesias y sociedades equilibradas. Es en familias así que los individuos pueden crecer de forma saludable. Creyendo en esto y reconociendo igualmente que la familia, de forma general, está pasando por momentos difíciles, indagaremos en este capítulo acerca de la dinámica —o del secreto, si así lo prefiere el lector— de las familias exitosas.

Efesios 5:8 al 6:4 es el texto clásico del Nuevo Testamento sobre el asunto. En él, el apóstol Pablo traza principios generales para la familia, las condiciones que rigen la relación entre padres e hijos, marido y mujer y el principio dinámico que debe controlar esas relaciones. Es en la enseñanza de ese pasaje que basaremos el presente capítulo. Pero antes de detenernos para investigarlo más de cerca,

es importante recordar algunos principios generales sobre la familia cristiana enseñados en las Escrituras.

Primero, ser un cristiano verdadero no es una garantía de que el matrimonio y la vida familiar funcionarán automáticamente. Infelizmente algunas iglesias, comprometidas con las enseñanzas de la teología de la prosperidad, hacen promesas respecto al matrimonio que van más allá de aquello que Dios promete en Su Palabra. Parecen sugerir que si hiciéramos determinados votos o cumpliéramos los rituales por ellas estipulados, los problemas de relación con nuestro cónyuge e hijos terminarán. Pero si el secreto de matrimonios y familias felices fuera simplemente determinados rituales llevados a cabo durante cultos de liberación, ¿cuál habría sido la necesidad para Dios de poner en las Escrituras orientaciones, instrucciones, consejos y determinaciones a los maridos, mujeres y padres cristianos acerca de cómo comportarnos en familia? Ungir el retrato de mi mujer no sustituye mi deber de ejercer el papel de marido conforme a la enseñanza de las Escrituras. Es necesario educar a mis hijos en los caminos del Señor, diariamente, si deseo realmente verlos crecer como cristianos verdaderos. Ninguna corriente de oración sustituirá eso. Este primer principio busca librarnos de una idea romántica de que el simple hecho de ir a la Iglesia va a garantizarnos un matrimonio y familia felices.

Segundo, ser cristiano comprometido con los patrones bíblicos puede traer dificultades aún mayores al matrimonio. Aquel que teme a Dios y ama Su Palabra, descubrirá que las orientaciones de Dios en cuanto al matrimonio y a la familia frecuentemente no son fáciles de ser obedecidas. Los maridos deben amar a sus mujeres como a sí mismos, y las esposas deben ser sumisas a sus maridos. Para las personas que no son cristianas, que no temen a Dios y no respetan Su Palabra, esto es un problema; simplemente no siguen esa orientación. Para ellas el divorcio es siempre una solución a la cual pueden acudir si las cosas empeoran (y a veces, incluso antes de llegar a este punto). Mientras tanto para los cristianos, quienes saben que Dios odia el divorcio (Malaquías 2:16), todos los esfuerzos legítimos deben ser emprendidos para la mantención de los lazos matrimoniales, cuando están amenazados por los problemas que acostumbran rondar la estabilidad de la familia. Mientras que el divorcio aparentemente es el camino más fácil y rápido para resolver una relación trastornada, los cristianos hacen camino por la vía más larga y más difícil del aprendizaje, del quebrantamiento, de la renuncia y de la reconciliación.

Tercero, matrimonio y crianza de hijos no son asuntos aparte de nuestra fe. Son asuntos sobre los cuales la Biblia se pronuncia. Por

lo tanto, debemos regir nuestro matrimonio y la crianza de nuestros hijos por los principios en ella contenidos. Tenemos la tendencia de compartimentar ciertas áreas de nuestras vidas y aislarlas de nuestra santa religión. ¡Cuán frecuentemente orientamos nuestros matrimonios y familias según nuestra razón humana, según las prácticas de la sociedad moderna, nuestra propia sabiduría carnal, como las personas que no conocen a Dios! Por lo tanto, las reglas prácticas para el matrimonio y la familia, como las que encontramos en Efesios 5:18—6:4, no deben ser disociadas de la doctrina cristiana en general. O sea, no debemos caer en el viejo engaño de intentar separar práctica cristiana de teología y viceversa. Especialmente aquí en este pasaje podemos ver cómo esa división era extraña al pensamiento de los autores del Nuevo Testamento. Pablo aborda la cuestión del matrimonio bajo la perspectiva de la doctrina de Cristo y de la Iglesia, y enraíza la enseñanza sobre la crianza de hijos en el Antiguo Testamento. Estamos enfatizando este punto porque creemos que sólo una comprensión adecuada de la relación entre Cristo y Su Iglesia nos ayudará a tener un matrimonio feliz. Felices son los matrimonios que comprenden bien esta analogía y que pautan su relación en ella.

Cuarto, el concepto bíblico de matrimonio es único y diferente de todos los demás. Muchas personas piensan que el matrimonio es sólo la legalización de la atracción física, o entonces simplemente una conveniencia humana, fruto de la necesidad social. Entendemos, sin embargo, por la Escritura, que el matrimonio es una institución divina, algo creado y ordenado por Dios para la raza humana. Sabemos muy bien que ese tipo de concepción del matrimonio tiene cada vez menos adeptos. El matrimonio, como institución, ha sufrido alteraciones radicales especialmente en Occidente, debido a diversos cambios sociales: el crecimiento del número de jóvenes que practican sexo antes del matrimonio como resultado del aflojamiento de los patrones morales de la sociedad moderna; el aumento de la edad media en que las personas se casan; más y más mujeres casadas siguiendo una carrera profesional y dejando el hogar y los hijos en segundo plano; la liberalización de las leyes concernientes al divorcio; la legalización del aborto; la mejoría y mayor accesibilidad a los medios de control de la natalidad; los cambios en los papeles tradicionales del hombre y la mujer. Esos factores, entre otros, han moldeado la mentalidad occidental moderna en cuanto al matrimonio, el cual tiende cada vez más a ser encarado como una mera conveniencia social, ni siquiera siempre deseable. Entretanto, la Iglesia de Cristo, muy a pesar de estos cambios, se guía por patrones y valores más estables —en verdad,

inmutables— en cuanto a matrimonio y familia. Esos patrones y valores están revelados en las Escrituras Sagradas.

LA FAMILIA EN EL CONTEXTO DEL ESPÍRITU

En el presente capítulo veremos un importante principio de las Escrituras sobre el matrimonio y la familia. Ese principio es desarrollado por el apóstol Pablo en nuestro texto y por sí sólo necesita de un estudio especial: la relación familiar debe ocurrir en el contexto de vidas llenas del Espíritu Santo. En ese pasaje, Pablo instruye a los maridos y las mujeres, padres e hijos, en cuanto a sus deberes mutuos, dándoles instrucciones que deben controlar esas relaciones. Pablo hace eso teniendo en mente que estos principios deberían concretizarse en medio de un ambiente *profundamente espiritual*. Esa es la dinámica de las familias cristianas sólidas y felices. Existen diversas evidencias que nos llevan a decir eso.

La primera es que ese pasaje, donde Pablo habla de los deberes de los padres y de los hijos, está precedido y controlado por el imperativo del verso 18: «No os embaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien **sed llenos del Espíritu**». Después de esa orden, vienen las exhortaciones y orientaciones prácticas acerca del matrimonio y la familia. La conexión entre esas dos partes se ha escapado a nuestros lectores de la Biblia, pues la mayoría de nuestras versiones trae en medio un subtítulo con letras en negrita. A pesar de que el objetivo del subtítulo es ayudar al lector a tener una idea del asunto que sigue, en ese caso termina prestando un des-servicio, pues trunca la línea de pensamiento del apóstol e interrumpe la continuidad del asunto. El lector queda con la impresión de que Pablo terminó de hablar del Espíritu Santo en el versículo 20 y que en el 21 comienza a hablar de otro asunto completamente diferente, que es la familia cristiana. En realidad, Pablo no está comenzando un nuevo asunto en el versículo 21, sino simplemente expandiendo lo que había dicho desde el 18. Esa conexión queda más fácil de percibir en el texto griego. Literalmente, los versos 21 y 22 están así: «sometiéndooos unos a otros en el temor de Cristo, las mujeres a sus propios maridos».

Vamos a poner este punto de otra manera, para facilitar la comprensión. En el verso 18, Pablo exhorta a los creyentes: «sed llenos del Espíritu Santo». Preguntemos al apóstol cuáles son los pasos necesarios para obedecer esa orden. La respuesta viene en los versos siguientes. Él dice: «hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales» (v. 19), «dando siempre gracias por todo al Dios y Padre» (v. 20), «someteos unos a otros en el temor de Dios»

(v. 21). Esa última determinación significa que los cristianos deben acatar a otros cristianos que se encuentran en posición de autoridad. En los versos siguientes, el apóstol trata de estos casos en particular, desarrollando el someteos en el área del matrimonio (5:22-23), de la familia (6:1-4) y de la sociedad (6:5-9). Todo lo que Pablo enseña en esos versículos está directamente ligado con la orden a que seamos llenos del Espíritu. El vínculo es el concepto de sujeción: las esposas se sujetan a los maridos; los hijos se sujetan a sus padres; los siervos, a los señores (existe un aspecto en que el hombre y los padres también cumplen la sujeción mutua que Pablo menciona en el v. 21, que será discutido más adelante en este libro).

Por lo tanto, la enseñanza de Pablo sobre el matrimonio y la familia (y también sobre nuestras relaciones en el trabajo) es la continuación explicativa del mandamiento «someteos unos a otros en el temor de Dios», que a su vez es una explicación del mandamiento principal, «sed llenos del Espíritu».

IMPLICACIONES

La raíz de los problemas en la familia

Ese descubrimiento significa como mínimo una cosa muy importante: no podemos disociar espiritualidad de vida familiar. Todos nosotros queremos ser buenos cristianos, llenos del Espíritu Santo, de esto no tenemos duda. Podemos comenzar a ser llenos del Espíritu Santo poniendo en orden primeramente nuestro matrimonio, nuestra relación con nuestros hijos o con nuestros padres.

No podemos dejar de ver que nuestra vida espiritual afecta directamente nuestro matrimonio y nuestra familia. Hay una ligazón profunda entre esas dos dimensiones, vida llena del Espíritu y vida familiar. Creemos que eso está claro en el pasaje que estudiamos recién. La raíz de la infelicidad de muchos matrimonios —incluso cristianos— es la dureza del corazón humano. Fue a la dureza de nuestros corazones a lo que el Señor Jesús atribuyó la incapacidad de los cónyuges de resolver sus diferencias en el matrimonio, recurriendo finalmente al divorcio (Mateo 19:8). Las frecuentes exhortaciones de los apóstoles a los maridos para que amen a sus esposas y, por otro lado, a las esposas para que se sujeten a sus maridos, indican que los cristianos casados deben estar siempre alertas contra el egoísmo, la rebeldía y el orgullo de sus corazones, para que no perturben la buena paz y la felicidad del matrimonio.

Estamos convencidos de que buena parte de los problemas, angustias y tensiones que ocurren en la familia son fruto de nuestro propio pecado. No siempre, sin embargo, estamos dispuestos a admitir eso. Tenemos muchas disculpas, como incompatibilidad de genios, falta de madurez, falta de dinero, educaciones diferentes y la vida agitada de hoy. No negamos que esas cosas contribuyen al agravamiento de las tensiones que existen en todo matrimonio y en toda familia. Entretanto, ellos no pueden impedirnos de reconocer sincera y humildemente que es nuestra falta de andar diariamente en el Espíritu la verdadera raíz de nuestra infelicidad.

Santiago hace la siguiente pregunta a los cristianos a quien escribe: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1). En otras palabras, Santiago está atribuyendo a nuestra carne —evidentemente refiriéndose a la naturaleza decaída y corrompida— las guerras y contiendas que ocurren entre nosotros. Lo que él dice en ese versículo está expresado en toda la Biblia. Por ejemplo: en Gálatas 5:19-21 encontramos una exposición del apóstol Pablo sobre las obras de la carne. No es difícil verificar que buena parte de los problemas por los cuales los matrimonios pasan hoy son extraordinariamente semejantes a las obras que el apóstol enumera, a comenzar con adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia —un conjunto de palabras griegas de sentido muy semejante y general, incluyendo la infidelidad conyugal y toda suerte de aberración o pecado en el área sexual— hasta *enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías*. La misma sensación tendríamos delante de la lista que el Señor Jesús presentó de las cosas que brotan del corazón humano: *malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias* (Mateo 15:18-19). Son esas cosas, dice el Señor, las que contaminan al hombre.

Vemos que es de la carne —término predilecto de Pablo para referirse a nuestra naturaleza corrompida y pecaminosa— que brotan las fricciones, las incomprendiones y los conflictos en la vida del matrimonio. Es inútil querer culpar exclusivamente a una incompatibilidad de genios. Eso nos desviará de la cura eficaz.

Déjenos poner el asunto de otra forma. ¿Cuál es la razón por la cual dejamos de guardar los votos solemnes hechos en la hora del casamiento, a no ser nuestra infidelidad y dureza de corazón? Un hombre y una mujer, en pleno uso de sus facultades mentales, comparecen solemnemente delante de Dios, en presencia de todo el pueblo, y dicen el uno al otro: «Yo prometo serte fiel, yo prometo cuidar de ti, yo

prometo amarte, prometo darte asistencia, suplir lo que es necesario para ti», y al mes siguiente quiebran su palabra. ¿Es incompatibilidad de genios? ¡No! ¡Es carnalidad! ¡Es pecado! Es nuestra naturaleza pecaminosa. ¿Qué es la mentira, el fingimiento, el egoísmo, la búsqueda de los propios placeres, la rebeldía de los hijos, la revuelta y la desobediencia, sino fruto de la carne?

Esa es una implicancia bastante seria de la enseñanza de Pablo que vimos antes. Él ve el matrimonio como expresión de la voluntad de Dios, desarrollándose en un contexto espiritual. Hacemos bien en preguntarnos si la mayor parte de nuestros conflictos en el matrimonio, de nuestras actitudes para con el cónyuge, para con los hijos, ¿no será resultado de nuestra falta de verdadera espiritualidad bíblica?

Educación y cultura no bastan para hacer un matrimonio feliz

Hacemos esta afirmación con mucho cuidado. Las posibilidades de que ocurran desavenencias, sufrimiento y conflictos son mayores en un matrimonio donde uno de los cónyuges no es un cristiano comprometido con el Evangelio. Por más que él o ella sea una persona educada, culta y con experiencia, le falta la presencia del Espíritu Santo en su corazón. La educación no resuelve todos los problemas del hombre.

Hace algunos años los periódicos publicaron un escándalo ocurrido con el rector de una universidad federal en Brasil. Era un hombre que estudió en el exterior, lleno de cultura y conocimientos. Era un hombre brillante. Infelizmente, era corrupto. Acabó siendo procesado por haberse enriquecido gracias a dinero público. No estamos diciendo que todos los intelectuales y hombres cultos del país son corruptos. Sólo que existen cosas que solamente el Espíritu de Dios puede hacer. Educación, cultura y conocimiento son cosas buenas y deben, cuando es posible, ser adquiridas. Pero ellas no sustituyen el poder del Espíritu Santo que habilita a dos personas diferentes para vivir felices, año tras año, bajo el mismo techo.

Después de años de escándalo, el príncipe Carlos y la princesa Diana anunciaron en 1996 su intención de divorciarse. Cada uno confesó que había sido infiel en el matrimonio. El pomposo casamiento de Carlos y Diana, en 1981, en la famosa Catedral de San Pablo, en Londres, fue considerado el casamiento del siglo. Jóvenes, ricos, bonitos, educados y famosos, fueron sin embargo incapaces de vivir como marido y mujer. Acabaron quebrando los votos de fidelidad que habían hecho delante del mundo entero, que asistió deslumbrado a la ceremonia de su casamiento por la televisión.

Volvemos a decir que no estamos afirmando ingenuamente que parejas creyentes nunca tendrán problemas en sus matrimonios y familias. Lo que afirmamos es que, llenos del Espíritu, tendrán el poder necesario para vencer tales dificultades —cosa que una buena educación no da. Nunca dejó de impresionarnos el hecho de que hombres y mujeres ilustres, intelectuales y artistas famosos, aún habiendo sido capaces de vencer en la vida, frecuentemente tienen una vida personal y afectiva turbada, pasando por varios matrimonios, divorcios litigados y conflictos con los hijos. En su autobiografía, el multimillonario americano J. Paul Getty se refiere a sus cinco casamientos y cinco divorcios: «En resumen», dice él, «fueron cinco fracasos». En seguida él, que fue una de las personas más ricas del mundo, hace la pregunta crucial: «¿Cómo y por qué fue posible para mí construir mi propio automóvil, perforar pozos de petróleo, construir una fábrica de aviones, erigir y liderar un imperio financiero, pero no fui capaz de mantener al menos una relación marital exitosa?»

Por la gracia de Dios, incluso las personas menos cultas, conociendo a Dios, teniendo Su Espíritu y llenándose de Él, podrán ser como el más sabio de los hombres. Fue esa la experiencia de David (Salmos 119:99). Es en el temor que los padres tienen del Señor que los hijos encuentran un fuerte refugio (Proverbios 14:26).

No debemos depender de nuestras fuerzas

Inferimos también, ya que el matrimonio es visto por Pablo en el contexto del Espíritu Santo, que no podemos cumplir los términos de la relación familiar por nuestras propias fuerzas. El matrimonio deriva en privilegios y responsabilidades. Además de aquellos prescritos por la ley del país, el cristiano conoce los privilegios y responsabilidades determinados por las Escrituras. ¿Cuál es el hombre que puede, por sí mismo, amar a su esposa como Cristo amó a la Iglesia? ¿Cuál es el marido que puede hacer eso en su propia fuerza humana y carnal? ¿Cuál es la mujer que, en sus propias fuerzas, se somete a su marido en el temor de Cristo, como la Iglesia está sumisa a Cristo? ¿Cuáles son los hijos que consiguen obedecer a los padres, en sus propias fuerzas? Dios nunca espera de nosotros que lo hagamos con nuestras propias fuerzas. La razón es nuestra inhabilidad e incapacidad de obedecer a Dios y hacer siempre lo que es correcto. Nosotros somos parte de una raza caída, espiritualmente depravada y limitada por los efectos del pecado. Nosotros somos hijos de Adán y de Eva; heredamos su naturaleza; nuestra mente es oscurecida por el pecado, nuestra voluntad

inclinada hacia el mal, nuestro corazón endurecido. Por ese motivo no somos lo que debemos a la luz de la Palabra de Dios.

Por otro lado, no podemos perder de vista el hecho de que Pablo determina que ciertas actitudes sean tomadas por el marido y por la mujer, por los padres y por los hijos. Reconocemos que no podemos obedecer con base en nuestras propias fuerzas. Pero, eso no anula el hecho de que debemos actuar. Nehemías oró pidiendo protección de Dios y armó sus hombres para el combate (Nehemías 4:17, 23). Durante la Edad Media, los caballeros cristianos que salían al combate acostumbraban tomar la Cena con un pie en el estribo del caballo. Debemos actuar en obediencia a la Palabra de Dios, pero hacerlo en la más completa dependencia de la gracia de Dios en nuestras vidas.

Los efectos de la caída del hombre se revelan particularmente malignos en el área sexual y en el área del matrimonio. Note que todas las listas de pecado en el Nuevo Testamento son encabezadas por pecados relativos a desvíos en el área sexual. La caída del hombre afectó primariamente a su familia, y es en ella que nosotros vemos las manifestaciones más hediondas del pecado: adulterio, abandono, estupro, palizas, mentiras y fingimientos para con las personas que juramos amar y ayudar. Necesitamos ser personas llenas del Espíritu Santo, controladas por el Espíritu Santo, capacitadas por el Espíritu Santo, para que podamos obedecer a Dios en lo que dice relación con la familia y consecuentemente con un hogar feliz.

El conocido escritor irlandés Oscar Wilde describe en uno de sus libros la agonía de un hombre condenado a muerte por haber asesinado a su esposa. Andando de un lado a otro dentro de su celda, el hombre se angustia, no tanto por estar a las puertas de la muerte, sino por haber matado a aquella que amaba. Wilde escribe en conclusión:

«Cada hombre mata aquello que ama,
Que todos oigan eso,
Algunos lo hacen con una mirada amarga,
Otros, con palabras aduladoras,
El cobarde mata con un beso,
¡Y el bravo con la espada!»

Sin la gracia de Dios en nuestros corazones, acabamos por violentar, herir e incluso matar a nuestros seres queridos, por medio de palabras, miradas, gestos —cosas de las cuales muchas veces nos arrepentimos demasiado tarde.

Espiritualidad y felicidad en el hogar

La vida en el Espíritu es el estilo de vida adecuado al matrimonio. Una persona que anda en el Espíritu tiene la vida controlada, no es una persona disoluta, que desperdicia sus bienes: es una persona que se preocupa, que es sensible a la necesidad de los otros; ¡y qué importante es eso en el matrimonio!

Una persona llena del Espíritu Santo es de fácil convivencia. Convivencia es una palabra clave en nuestros días. Las personas sin el Espíritu Santo necesitan estimulantes o anestésicos para poder convivir con las otras. ¿Por qué es que los hombres van a los bares, o a los clubes y allá la conversación sólo es mejor después de un aperitivo? Es porque el alcohol suelta la lengua, derriba las inhibiciones. Ellos se sienten más a gusto, no consiguen quedarse sin beber para poder convivir, tienen que beber para ser sociables. Es por eso que en estas fiestas sociales no pueden faltar aperitivos. Es claro, después de algún tiempo, el alcohol tiene el efecto contrario y las personas comienzan a comportarse como verdaderamente son, diciendo estupideces, haciendo comentarios indecentes y provocándose unos a otros —y la mayoría de las veces termina todo en riña. Por otro lado, una persona llena del Espíritu Santo es de fácil convivencia, es alegre, abierta; ella ama, es una persona que está buscando el bien de los otros. No hay nada mejor para un matrimonio que un alto nivel de vida espiritual.

Vamos a ver este punto más adelante. El apóstol Pablo trata en Gálatas 5:22 del «Fruto del Espíritu». Él usa el término fruto figuradamente. Significa el resultado de la obra constante y poderosa del Espíritu en la vida de los cristianos verdaderos. Comparativamente, el Espíritu es como la sabia de un árbol, que hace que los frutos aparezcan en el tiempo correcto. Como árboles de justicia, habitados e irrigados por el Espíritu de Dios, produciremos los siguientes frutos: *amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*. ¡Parece incluso que Pablo tenía en mente el matrimonio cuando escribió esa lista!

Comencemos con el amor. Muchos confunden el amor en el matrimonio con atracción física o compañerismo. Aunque esas cosas ciertamente hacen parte del verdadero amor, no representan todas las dimensiones del mismo. Ese amor es comparado por Pablo al amor que Cristo tiene por Su Iglesia. Solamente por medio de la actuación del Espíritu en nosotros es que podremos amar así. Tal vez sea por eso que parejas que no viven una vida espiritual profunda no pueden disfrutar de esa dimensión de amor conyugal. Más difícil aún

es cuando uno de los cónyuges no es cristiano, y por tanto no tiene el Espíritu de Dios.

El *gozo* mencionado por Pablo es también producido por el Espíritu Santo. No viene solamente cuando las finanzas domésticas están equilibradas, cuando los hijos están yendo bien en la escuela, gozando de buena salud; viene en medio de circunstancias difíciles, durante los momentos de profunda dificultad, durante las tribulaciones. ¡Qué bendición sería si pudiéramos siempre recibir a nuestro cónyuge con gozo verdadero en el corazón y en medio de las pruebas y dificultades de la vida, exhibirlo a todo instante! Así también es la paz de la cual Pablo habla. De la misma forma menciona la paciencia. Las estadísticas confirman que la mayor parte de los divorcios ocurren porque los cónyuges no consiguen lidiar con la rabia y el resentimiento contra el otro, acumulados a través de los años. Se impacientan con los errores, fallas y provocaciones del otro y desisten de encontrar el camino a la reconciliación. La psicología moderna llama a esto incompatibilidad de genios. Admitimos que ciertos «genios» son más compatibles que otros. Sin embargo, creemos que el Espíritu Santo produce en nosotros la paciencia necesaria para aceptarnos y superar nuestras diferencias naturales. Probablemente en buena parte de los divorcios lo que existió no fue incompatibilidad de genios, sino incompatibilidad con el Espíritu Santo. Donde Él actúa, el bendito fruto de la paciencia aparece. ¿Usted siente que es su impaciencia y su irritabilidad las que causan tantos roces en el matrimonio?

La *benignidad* y la *bondad* que Pablo menciona en seguida son muy parecidas. Significan siempre buscar el bien de la persona amada. Cerca de esos conceptos está el de *fidelidad*. Esa es la cualidad de alguien en quien podemos confiar siempre. Él nunca nos decepcionará. Dios es siempre fiel, dice la Biblia (Deuteronomio 3:4). La fidelidad debería ser una de las características más marcadoras del cristiano. Ser fiel al cónyuge —especialmente ser fiel a lo que fue prometido durante la ceremonia de matrimonio— se ha vuelto una actitud cada vez más rara en la sociedad en que vivimos. Traición, adulterio e infidelidad, por el contrario, son cada vez más aceptables tanto como el divorcio. En un rasgo de profecía, el conocido Aldous Huxley, en su libro *Admirable mundo nuevo*, predice que en un día no muy lejano, las licencias para matrimonio serán concedidas como las licencias para perro: sirven sólo por un periodo de 12 meses y permiten que usted cambie de cachorro durante ese periodo, ¡o que mantenga más de un cachorro al mismo tiempo! Solamente por la gracia y por el poder del Espíritu Santo obrando en nuestras vidas y matrimonios es que podemos cumplir aquella fidelidad de corazón que el Señor

Jesús determinó (Mateo 5:8), y volver reales las promesas hechas en la ceremonia de matrimonio.

Pablo cita la *mansedumbre*. Significa gentileza de actitud y de comportamiento, en contraste con la rudeza de modales en el tratamiento de otras personas. Algunos traductores de la Biblia vertieron ese término en algunas lenguas simplemente como «siempre hablar de forma suave» o «jamás levantar la voz a otra persona». Mansedumbre es aquella capacidad dada por el Espíritu Santo que nos capacita para soportar con gentileza y paciencia las provocaciones que inevitablemente aparecen en la relación. Para los que no tienen el Espíritu, muchas veces se vuelve imposible convivir con esas cosas. El novelista escocés Robert Stevenson escribió que podemos perdonar a aquellos que no consiguen acompañar durante una explicación filosófica; pero, cuando su esposa se queda riendo cuando usted tiene los ojos llenos de lágrimas, o poniendo los ojos blancos apenas usted tiene un ataque de risa, el divorcio nos aparece como un camino cierto a seguir. Así piensan los hombres sin Dios. Mansedumbre para aguantar la ironía, el sarcasmo, los gritos, los ataques de rabia y las incomprendiones es fruto del Espíritu.

Finalmente, Pablo menciona la *templanza*, el *dominio propio*. ¡Qué importante es ese aspecto de la obra del Espíritu en nuestra vida para nuestro matrimonio! Literalmente, significa tener control sobre su yo, sobre su ego. De todas las cualidades necesarias para un matrimonio feliz, tal vez esa sea la más importante —y la más difícil de obtener por nosotros mismos. Se cuenta que Benjamin Franklin, deseando alcanzar una vida moral perfecta, escribió en un cuaderno las doce virtudes que consideraba esenciales para una moral inatacable. Debajo de cada una, dejó espacio para registrar su comportamiento y progreso diarios. Un día, conversando con un viejo amigo evangélico, sacó su cuaderno y mostró cuán maravillosamente bien él estaba saliendo. Su amigo calmadamente le informó ¡que había omitido de la lista la virtud de la humildad! Es solamente por la gracia y por el poder del Espíritu que podemos verdaderamente tener control sobre nuestro espíritu, emociones y reacciones.

Orientaciones prácticas

Finalmente, ¿cómo ser lleno del Espíritu Santo? Nos gustaría sugerir tres direcciones básicas para usted. Y creemos firmemente que, si son obedecidas, su matrimonio puede cambiar:

1. *Reconozca la necesidad de tener una vida espiritual más profunda.* El Señor Jesucristo dijo cierta vez en el último día de una fiesta de los judíos: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Juan 7:37-38). Se refería al Espíritu Santo. Él dijo: «Si alguno tiene sed». El primer paso es reconocer su extrema necesidad, reconocer que la causa mayor de las actitudes erróneas para con su cónyuge y de los problemas que acontecieron es la falta del fruto del Espíritu en su propia vida. No culpe a su cónyuge, ni a su temperamento, ni a las circunstancias. Acepte mansamente que fue usted quien no tuvo en su vida la plenitud del Espíritu. Comience así, reconociendo humildemente delante de Dios que necesita de Él y de Su Espíritu. Note que el Señor comparó la acción del Espíritu con el movimiento de las aguas corrientes (vivas). Cuando el agua es derramada, ella escurre buscando primero los locales más bajos y cuando los encuentra, los llena inmediatamente. El agua no sube primero a los montes. Así también el Espíritu Santo no viene a llenar corazones altivos, soberbios y orgullosos, sino a aquellos que están profundamente quebrantados. ¿Quiere comenzar a llenarse del Espíritu? Comience diciendo: «Oh, Dios, la culpa es mía, ¡perdóname!»
2. *Ore por la plenitud del Espíritu.* Suplique a Dios: «Oh, Dios, ¡dame la plenitud de tu Espíritu!» El Señor Jesús dijo cierta vez: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11:13). El punto de esta comparación hecha por el Señor es muy claro. Dios dará más de Su Espíritu a quienes lo pidieren. Note que, según Mateo, Jesús había dicho que el Padre daría cosas buenas a los que pidiesen (Mateo 7:11). Lucas especifica que Jesús se refería especialmente al Espíritu Santo, el *summum bonum* (bien supremo). El sentido es que Dios está listo para darnos los dones y las gracias obradas por el Espíritu (en contraste con los dones materiales que nuestros padres nos dan, cf. Proverbios 1:23; Isaías 44:3-4; Ezequiel 36:27; Joel 2:28; Juan 4:10; Juan 7:37-39). Es claro que Dios podría hacer que Su Espíritu actuase de forma más intensa en nosotros sin que al menos lo pidiéramos. Pero Él determinó que buscásemos estas cosas a través de la oración.

3. *Reforme su conducta.* Especialmente en lo que dice relación con el área familiar, hay ciertas actitudes que necesitamos reformar. Pida perdón a su cónyuge, busque la gracia de Dios para esa reforma tan necesaria. El Espíritu Santo es dado a los que obedecen a Dios (Hechos 5:32), los que andan queriendo hacer Su voluntad (Salmos 143:10). Esa reforma diaria es necesaria para que conozcamos la perfecta voluntad de Dios. El uso de los medios de gracia conduce naturalmente a la reflexión y a una actitud mental y espiritual deseable y propicia a los cambios necesarios. Así, separe tiempo diario para los devocionales particulares y domésticos, pasando tiempo con Dios, con Su Palabra, con la vida de oración.

Existen muchas personas solteras que no quieren casarse y en un sentido eso es mejor que casarse con la persona errada. Si usted es soltero y quiere casarse, la pregunta para usted es: ¿Cuánto la dimensión espiritual influencia su búsqueda y su elección? ¿Está buscando jóvenes bonitos, elegantes y altos, morenos de ojos verdes? ¿Está buscando jovencitas altas, rubias de ojos azules? ¿Qué importante es la dimensión espiritual para usted! Hoy en día los medios de comunicación nos quieren hacer creer que solamente lo que es bonito y agradable a los ojos trae felicidad. Esto no es verdad. Si así fuese, todas las estrellas de cine tendrían matrimonios felices. «Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; La mujer que teme a Jehová, ésa será alabada» (Proverbios 31:30). ¿Cuánto la dimensión espiritual está influenciando su elección?

Usted tal vez sea novio. Queremos hacer una pregunta a usted también. ¿Cuánto tiempo ustedes invierten leyendo la Biblia juntos, orando juntos y cultivando la vida espiritual? ¿Cuánto tiempo ustedes invierten buscando a Dios y preparándose espiritualmente para el matrimonio? Si esos hábitos y disciplinas espirituales no son cultivados desde temprano, difícilmente lo serán durante el matrimonio.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *La Biblia y su familia*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!